

Con motivo de un artículo excelente de don Enrique Benavides publicado en esta misma página, se aseguró en un editorial de un periódico de la tarde, que los lectores costarricenses leían a determinados autores nacionales que el Sr. Benavides colocaba como "iletrados" y que no leían, en forma categórica, a otros, entre los que se citaron tres, a los que el mismo comentarista Sr. Benavides, colocaba como "letrados".

Aparte de esta aseveración última del editorialista, posiblemente bien documentado al respecto, agregó algunas consideraciones denigrantes de la vida de estos últimos "letrados", que uno de ellos, en su inmediata protesta interpretó y rechazó, pues pareciera por esos cargos que los citados eran juzgar por el tenor de las palabras del catónico editorialista, "vividores de oficio". Los "vividores" formaban algo así como el trío "Los Panchos", a saber: "Marín Cañas, Fabián Dobles y Alberto F. Cañas".

Deseo decir someramente que tales afirmaciones, si bien son rigurosamente exactas en cuanto a lo que a mí concierne —un verdadero y auténtico biógrafo que ni soñado, y por el que guardaré gratitud imperecedera al darme datos que presentí, pero hasta ahora ratifico, constituyen una infamia en razón de los otros dos nombres: "Fabián Dobles y Alberto Cañas".

Nuestro esforzado historiador, asegura, entre otras cosas peregrinas, que nos hemos pasado de vida en charlas insustanciales, a la mira de "colocarnos" en algún sitio de la sociedad que nos padece. El panorama es realmente denunciante y patriótico.

Fabián Dobles es un gran novelista, quíéralo o no, el autor del editorial. Trabajador tesonero, modesto y silencioso, ha logrado una serie de libros, publicados todos, en los que da una referencia patente de su depurada pluma, de la fuerza imaginativa, de la interpretación de sus "vivencias" (sobre esta palabra se comentará después), hasta el punto de merecer no solamente el favor del público comprando sus veinte mil ejemplares publicados, sino por las menciones que de su obra han hecho en el extranjero. El Sr. Dobles ha ganado el premio "Magón", lo que ya es un honor, aunque no tenga valor alguno para el editorialista; ha gozado al par, del respeto de sus correligionarios, que tan difícil es; y la demanda y estimación del público "letrado", el más difícil de conquistar. El Sr. Cañas tiene a su haber una larga actuación periodística, una labor intensa en el cuento, en la crítica, y en teatro y posee desde luego una de las más extensas informaciones sobre el desarrollo de este quehacer en el mundo. Posee un libro, "Los ocho años", que es modélico dentro del género; obras de "teatro del absurdo" muy apreciables y una cantidad indeterminada de cuentos de extraordinaria emoción por su añoran-

"El escritor"

cia, todo ello conseguido con una amplia maestría del manejo de un idioma dominado, abundante y manejado con exactitud. Posee una escolaridad completa, tanto como la tiene el editorialista, cuyo nombre me fue suministrado al siguiente día de aparecer el artículo.

Para que un novelista sea grande dentro de nuestro medio, no es necesario que se trate de Goethe. Como para que un médico nuestro sea un gran médico, no es estrictamente indispensable que iguale a Pasteur. Por eso, a la pregunta de "Es Fabián Dobles un gran novelista", contestaremos que sí lo es. Si no lo fuera, no habría sido escogido su libro "Cuentos de Tata Mundo", para figurar en la "Biblioteca de la Literatura Mundial" que está elaborando la Unesco, en París.

al editorialista, ya lo dije, mi mejor biógrafo. En lo que a mí atañe, considero la descripción de mi vida, se ajusta con rigor académico a los hechos. En mi afán por "colocarme", como asegura el brillante licenciado, no lo he logrado todavía, pero estuve a punto de alcanzarlo cuando hace muchos años, mientras me "paseaba por la Avenida Central", opté por un puesto en la Municipalidad que me habría "colocado". Se trataba del puesto del que "matricula perros". No me fue posible lograr el "colocarme", porque el puesto, para vergüenza de Costa Rica, lo ocupaba un gran poeta lírico, popular y de vena gruesa, que hoy peina canas respetables.

Este embrollo, posiblemente, dio lugar a un "simposio" que se verificó en días pasados en la biblioteca de La Nación. A ese acto cultural no fui invitado, desde luego, pero en él se dijeron cosas tan peregrinas, que no es posible dejar de estudiar algunos puntos por medio de este sitio en que, a Dios gracias, puedo escribir, pese a la encuesta que arrojó el fatídico dato de que no tengo lectores.

Aunque se dijeron cosas muy interesantes, las que tuvieron mayor importancia, fue aquellas, en que se enfatizó la dependencia del escritor de sus lectores. Se podría afirmar que este punto fue medular del "simposio", donde se despotricó a mansalva.

Aunque anatemizado de antemano,

expongo mi punto de vista por el derecho constitucional que me concede hacer uso de él.

El escritor es una entidad de la sociedad, que no tiene ninguna relación que lo afecte, en su valor intrínseco, en cuanto a sus lectores. El escritor es una entidad, y los lectores un factor. Los lectores afectan, para bien o para mal, al librero y económicamente, y solamente en el campo económico, favorecen la economía del autor, pero no su personalidad o valor literario. Si los autores fueran buenos o malos de acuerdo con lo que venden, podríamos decir que la maravilla del siglo no hay lugar a duda que lo es Corín Tellado, la de la "cintura breve" en sus heroínas y la "blonda cabellera" en sus héroes novelescos. No obstante ser una maravilla en ese aspecto, Corín Tellado no figurará en jamás de los jamases, sobre Ernesto Sábató, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Sarmiento e incluso Hugo Wast. Ni siquiera tendrá puesto alguno en la historia de la literatura argentina.

Don José Pérez y Pérez, se cansó de vender novelas allá por las décadas del 20-40. Y lo mismo les pasó a Caridad Bravo Adams ahora, y Carolina Invernizzi y Carlota Braeme, a principios de siglo, sin que en el escalafón de la literatura mundial, haya ni siquiera olido, un humilde puesto de galería.

Tampoco es regla el que el favor del público se vierta sobre un escritor, en forma momentánea. Cuando Bécquer, un periodista que hacía versos, iniciaba sus poemas y rimas, el que acaparaba la absorción del público, era don Gaspar Núñez de Arce, magnífico, clásico y su poco filosófico poeta de moda. Murió Bécquer sin saber qué sería el "Príncipe de la Lirica Española" hasta nuestros días. Vicente Blasco Ibáñez se hizo millonario con dos novelas: "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" y "Mare Nostrum", relatos de circunstancias al final de la primera guerra mundial. No obstante esto, su valor literario que lo coloca en un punto intermedio se lo debe a "Arroz y tartana", "La barraca", "La horda", "Flor de naranjos", "Sangre y arena", etc., que lo hicieron pasar hambres.

Es bueno distinguir entre la ca-



José Marín Cañas

lidad del escritor y el negocio editorial, que es una cosa eminentemente comercial, y cuyas realizaciones, —en algunas ocasiones realmente verdaderas y comprobadas— se deben a circunstancias que no inciden en forma alguna en el valor intrínseco del autor. Kafka no vendió nunca un libro. Cuando apareció el primero, estaba muerto.

Tampoco es motivo de catalogación el que los autores hablen de su pueblo y del problema social, o que sean auténticamente locales. Shakespeare tiene sus obras más famosas, "Otelo" y "Hamlet", ubicadas en Venecia y en Dinamarca, y ninguna de las dos son parte de Inglaterra.

Creo que en el "simposio", se le dio demasiada importancia al autor y a sus lectores. Están pensando en su obra. La obra se hace, no para lograr gloria y dinero. Se hace, porque se hace. Es uno de los enigmas del espíritu humano. Me permito enunciar una fórmula modesta que sí podría ser más o menos exacta: El escritor logra su excelencia, cuando su obra es perdurable.

Pd.: Otro de los puntos tratados, también muy interesante, es el de que son escritores aquellos que solamente viven de escribir, o, aún más exigentemente, de sus libros. Si ello fuera así, desaparecería como tales, el 90 por ciento de los escritores que actualmente los tenemos consagrados. Pero ese punto lo vamos a tratar, Dios mediante, en un próximo artículo que se llamará igual como he titulado este modesto ensayo. Y entonces, también, hablaremos de las "vivencias", punto tratado con un rigor de como quien está en órbita y no sabe por dónde suenan las campanas.